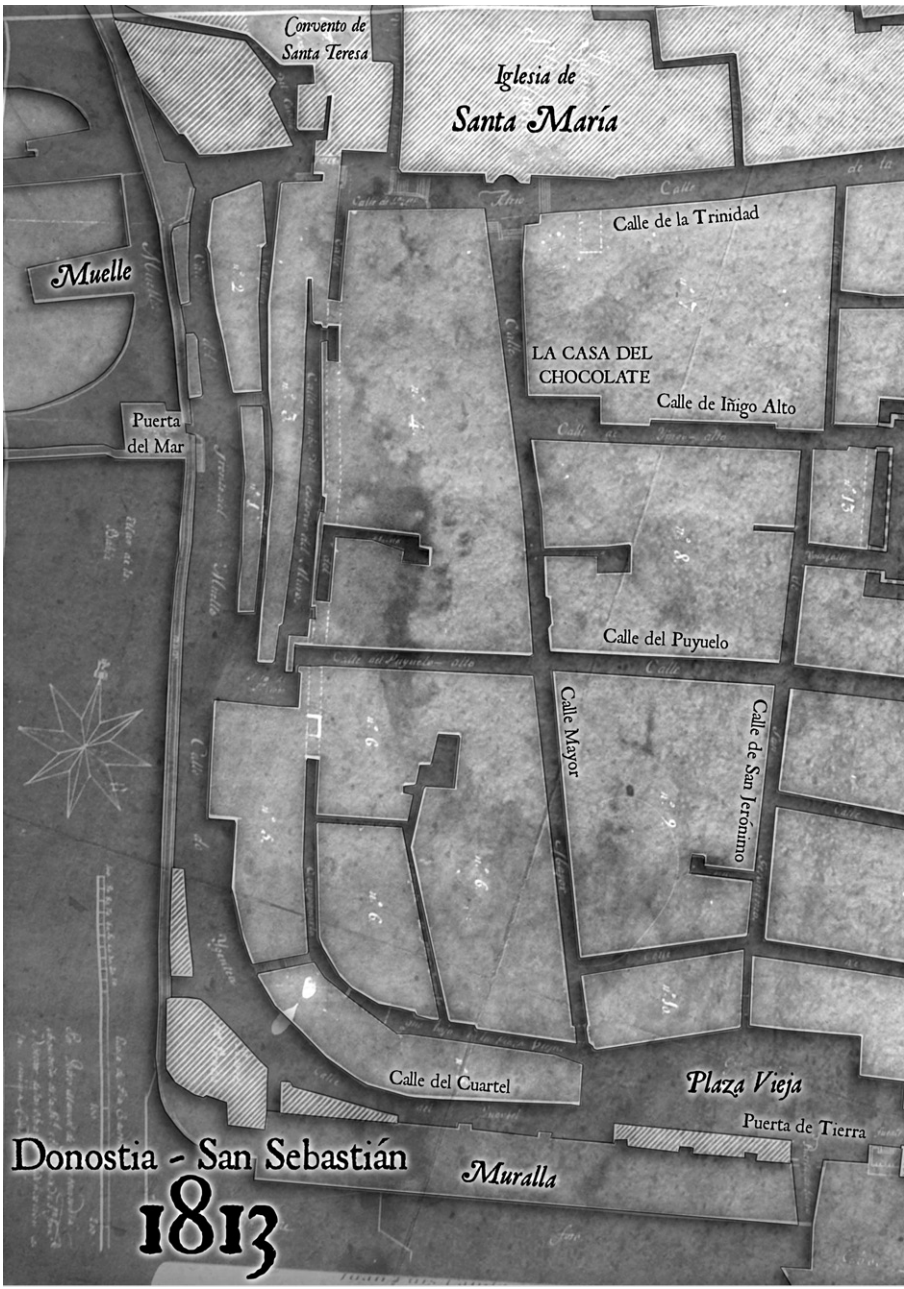
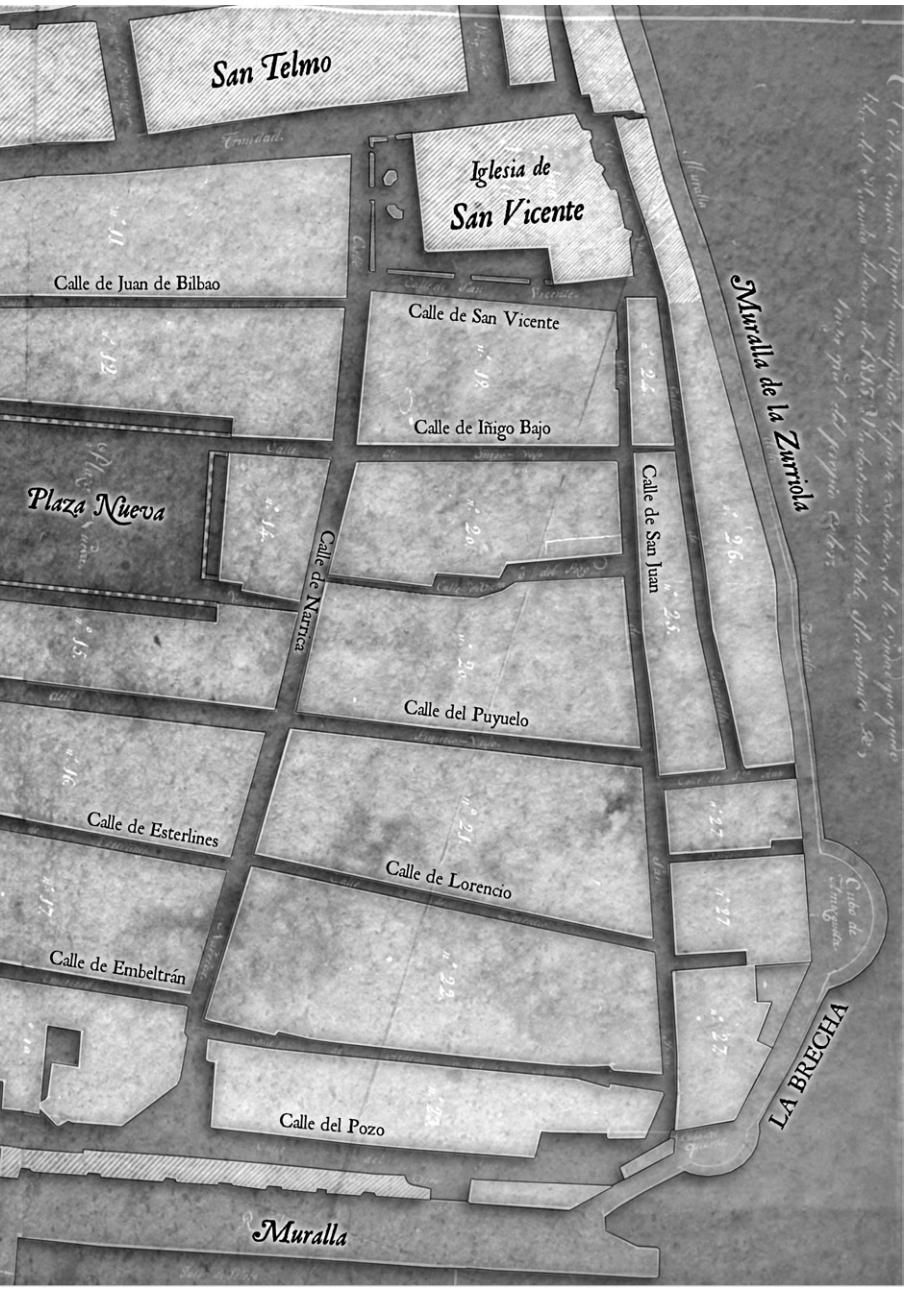
TOTI
MARTÍNEZ DE LEZEA

LA BRECHA

EMBOLSILLO


Convento de
Santa Teresa
Iglesia de
Santa María
Muelle
Calle de la Trinidad
LA CASA DEL
CHOCOLATE
Calle de Iñigo Alto
Puerta
del Mar
Calle del Puyuelo
Calle Mayor
Calle de San Jerónimo
Calle del Cuartel
Plaza Vieja
Puerta de Tierra
Muralla
Donostia - San Sebastián
1813


San Telmo
Iglesia de
San Vicente
Calle de Juan de Bilbao
Calle de San Vicente
Calle de Iñigo Bajo
Plaza Nueva
Calle de Narrica
Calle de San Juan
Muralla de la Zurriola
Calle del Puyuelo
Calle de Esterlines
Calle de Lorencio
Calle de Embeltrán
LA BRECHA
Calle del Pozo
Muralla

San Sebastián, 23 de junio de 1813

Maritxu Altuna, la viuda del chocolatero Eusebio de Irigoyen, recorrió con la vista el obrador y se aseguró de que todo estaba limpio y en orden. La desorganización le molestaba y no permitía que hubiese la menor traza de mugre, polvo o utensilios sucios encima de las mesas de trabajo. Quería que el local estuviese siempre inmaculado, que cualquier cliente pudiera visitarlo sin previo aviso y encontrarlo como una patena. De hecho, había despedido a más de un empleado por esta razón, lo que le había dado fama de patrona irascible, pero no tenía intención alguna de cambiar de actitud. No era la única mujer dueña de un negocio, pero había empezado joven y tuvo que mostrar desde un principio un carácter firme para hacerse respetar por los proveedores, empleados y clientes.

Su oficial y los tres ayudantes se hallaban atareados en la producción del día y el contenido de dos enormes peroles de cobre burbujeaba suavemente sobre el fuego.

–¿Está listo? –preguntó, dirigiéndose a Julián, el oficial.

–Lo está, señora Maritxu. Cuando usted guste...

Sin más palabras, la mujer abrió el saquito que llevaba en la mano y vertió su contenido en uno de los peroles. Observó durante unos minutos cómo el hombre revolvía la mezcla con ayuda de una pala de madera y salió del obrador.

Todas las mañanas repetía idéntica operación desde hacía casi quince años, cuando se había hecho cargo del negocio a la muerte de su marido. Le parecía imposible que hubiera pasado tanto tiempo, pero así era. Su hija Marina acababa de cumplir los quince y Eusebio había muerto al

mes de su nacimiento. Apenas tuvo tiempo de recuperarse del parto. Tras la presentación en la iglesia de Santa María, cuarenta días después de dar a luz, se hizo cargo del obrador en contra de la opinión de su cuñado Pedro Martín que esperaba ocuparse del floreciente negocio de su hermano aduciendo que una mujer de veinte años no podía ocupar un oficio de hombres.

–Si a esta edad he podido quedarme viuda y parir una criatura, también puedo dirigir el obrador –afirmó ella, rotunda.

Y así lo hizo desde entonces a pesar de lo mucho que hubo de sacrificar, si bien no se arrepentía en absoluto de su decisión. El trabajo había ahogado su pena por la pérdida de Eusebio, la soledad para la que no encontraba desahogo, el espacio vacío en su cama. La familia de su marido y los vecinos esperaban que fuera un capricho. No tardará –decían– en encontrar otro hombre; dejará entonces el negocio en sus manos y se ocupará de criar a su hija y de parir más criaturas como debe hacer toda mujer sensata, pero no había sido así. A veces se sorprendía pensando que el destino tenía curiosas maneras de hacer ver a cada cual para lo que en realidad servía. Nunca se habría imaginado dirigiendo un comercio, litigando con proveedores y acreedores, llevando las cuentas e incrementando los beneficios. Porque una cosa era cierta y nadie podía negarla: el obrador no solo no había tenido que cerrar, como había vaticinado su cuñado, sino que se había convertido en un próspero negocio de venta de cacao en polvo y pastillas de chocolate y, además, su local abierto al público era el más frecuentado de San Sebastián.

Aunque también servía café, tisanas y licores, La Casa del Chocolate, en la esquina de la calle de Mayor con la de Iñigo alto, era conocida por su excelente chocolate caliente en taza, una golosina que jóvenes y viejos, niños y señoras, mozas casaderas y soldados, ricos comerciantes, pescadores y aldeanas que llegaban con la vendeja apreciaban por

igual. Nunca faltaban clientes desde que abría sus puertas a media mañana hasta que las cerraba a la caída del sol. Había incluso momentos y días, los domingos y festivos, en que era preciso esperar a que quedara libre alguna mesa.

Eran más de treinta los maestros chocolateros de San Sebastián, la mayoría franceses, pero bien sabía su dueña cuál era la razón de su éxito: la receta secreta del señor Hiriart. El chocolatero bayonés acudió a visitarla en cuanto supo de la muerte de su marido.

–Apreciaba mucho a Eusebio y antes que a él, a su padre, el bueno de Juan José de Irigoyen –le confesó–, y me alegra saber que tienes intención de continuar con el negocio. Tu cuñado prefiere el café y probablemente acabaría convirtiendo el obrador en un almacén. Puede que te cueste algo de esfuerzo, pero estoy seguro de que lograrás salir adelante y más –añadió haciendo un mohín de complicidad– con esta receta que me llegó hace años desde Antillas y que nadie aparte de mí conoce...

No dijo más, pero depositó en su mano un papelito doblado varias veces. Nunca más volvieron a encontrarse. Supo que el señor Hiriart falleció poco después y que sus herederos cerraron la chocolatería que él tanto amaba. Tal vez barruntaba algo por el estilo y por esa razón le confió a ella la receta, para que no se perdiera tras su muerte. Se la aprendió de memoria y quemó el papel. Era la única que la conocía y se la pasaría a su hija cuando fuese algo mayor. Todas las mañanas bajaba con una bolsa que contenía la mezcla, hecha en su propia casa, situada en el piso de encima del obrador, con los ingredientes «mágicos», como le gustaba decir si alguien preguntaba por la fórmula, una mezcla de canela, vainilla, azúcar y un poco de café molido. Había recibido, incluso, ofertas más que generosas para que desvelara el secreto, pero sabía que, una vez conocido, su producto perdería el misterio que lo hacía tan atractivo y sería uno más de los que se ofertaban en la ciudad.

Después de comprobar de nuevo que las cosas estaban en su sitio: mesas, tazas, cucharillas, vasos, jarras con agua azucarada y las bandejas repletas de bollos recién salidos del horno que el panadero Martirena le servía cada día, cogió el manojo de llaves que colgaba de un clavo, abrió las dos cerraduras de la puerta que daba a la calle Mayor y se dispuso a preparar un par de mesas sobre las que extendió unos manteles de cuadros rojos y blancos. El día se presentaba similar a otro cualquiera de la semana y los clientes comenzarían a llegar hacia el mediodía y, sobre todo, a media tarde. Tal vez era hora ya de contratar a una moza fija para atender el local por las mañanas y así tener un poco más de tiempo libre para su hija y para ella. Marina le inquietaba.

A pesar del negocio, de las interminables horas de trabajo y de las preocupaciones que arrastraba en solitario, ni por un instante se le había ocurrido contratar a un ama de cría para ocuparse de la niña. Aún la veía en su cuna, en el obrador, vigilada por el viejo Vicente José, que más que un empleado había sido un miembro de la familia, como un abuelo. En sus últimos años, apenas se levantaba de una silla colocada junto al fuego, pero no había manera de que se quedase en su casa. El olor del chocolate, decía, era lo que lo mantenía con vida. Y en aquel lugar se quedó dormido para siempre con la sonrisa en los labios. También recordaba a Marina corriendo por el local, hablando con los clientes, intentando ayudar aunque sin conseguirlo. Había sido una niña feliz, pero desde hacía unos meses la notaba cambiada. A veces, estaba melancólica, por no decir triste, y pasaba la mayor parte del tiempo encerrada en su habitación, sin querer hablar con ella ni con Josefa, la sirvienta, como hacía antes; otras, se comportaba de forma irascible, quejándose por cualquier cosa. Tenía una edad difícil; se estaba convirtiendo en una mujer y la experiencia siempre conlleva algún tipo de conflicto, aunque, en su caso, ella casi no había tenido tiempo de darse cuenta.

No era mucho mayor que su hija al casarse con Eusebio. Pasó de la infancia a la madurez sin apenas conocer la pubertad, y sin cumplir los veinte ya había sido madre. No deseaba para Marina un matrimonio temprano, quería disfrutar de su compañía durante el mayor tiempo posible. Si bien era consciente de que algún día el pajarillo anidaría en hogar ajeno, deseaba que pasaran algunos años antes de que ocurriera y ella se quedara irremisiblemente sola. Había volcado su amor en su hija; la quería con tanta fuerza que le hacía daño. Algunas noches se despertaba sobresaltada, presa de horribles pesadillas en las que su niña le era arrebatada por un vendaval o la veía desaparecer tragada por las olas. Se levantaba entonces y acudía a su dormitorio. No volvía a la cama hasta haber comprobado que estaba a salvo y dormía tranquila. Tenía que esforzarse para no dejarse llevar por la imaginación y también para no mostrarle su enorme cariño. No era bueno para una joven sentirse prisionera de un amor que podría asfixiarla y le impediría desarrollarse con libertad, aunque para ello su madre tuviese que aparentar una severidad que estaba lejos de sentir.

Unas voces de hombres la distrajeron de sus pensamientos. Dirigió la mirada hacia la puerta y no pudo evitar un gesto de fastidio; aspiró profundamente, se alisó el delantal y salió con gesto amable al encuentro de los clientes, tres militares franceses.

–Buenos días, capitán Mercier, y la compañía.

–Buenos días, señora Maritxu –respondió el aludido quitándose el bicornio y haciendo un saludo demasiado ostentoso para el lugar–. El olor de su chocolate llega hasta el castillo y he pensado que debía pasar por aquí antes de comenzar la inspección.

La mujer les indicó una de las mesas que acaba de disponer y colocó sobre ella unas tazas y un plato con varios bollos.

–Ahora les sirvo –añadió al tiempo que entraba en el obrador y volvía al poco con una chocolatera humeante cuyo contenido vertía en las tazas.

–Ah, señora... ¿algún día me confiará el secreto de la elaboración de su chocolate?

–Algún día, capitán, algún día...

Los militares se abalanzaron con glotonería sobre el chocolate y los bollos y Maritxu aprovechó para preparar otras mesas y evitar así la conversación con ellos. Esperaba que se marcharan en cuanto hubieran acabado; su presencia ahuyentaba a la clientela. Mientras ellos estuvieran dentro del local, nadie que no fuera francés, o simpatizante de su causa, pondría los pies en él. Sabía que algunas vecinas la criticaban por servir a los invasores y la acusaban de afrancesada, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Además, no era la única. También les servía el resto de los comerciantes de la plaza.

Iban ya para cinco los años que los franceses ocupaban San Sebastián, y no era la primera vez. Ya lo habían hecho diecinueve años atrás. En aquella ocasión la ocupación militar había sido aceptada como un mal menor y la ciudad había claudicado sin oponer resistencia. La rendición pactada entre las tropas y los dirigentes locales impidió una defensa inútil que habría finalizado en derrota puesto que era imposible hacer frente al bien pertrechado ejército francés con un batallón compuesto por un par de cientos de soldados del castillo y un millar de civiles armados para la ocasión. La vida ciudadana había proseguido su curso sin mayores dificultades y, durante dos años, franceses y guipuzcoanos convivieron en relativa armonía. De hecho, la guillotina levantada en la plaza había sido utilizada solo en un par de ocasiones: con un desertor y con un sacerdote refractario, ambos del otro lado de la frontera. Ahora, sin embargo, la situación era diferente. La invasión, aunque sin bajas que lamentar, duraba ya un lustro; demasiado tiempo.

Ella no tenía quejas personales. Los militares acudían a su local, no armaban alboroto y pagaban religiosamente la consumición. Tal vez tenía algo que ver el hecho de que conociera su lengua y de que, al igual que a los demás clientes,

los tratara con respeto. Sin embargo, de buena gana les habría negado la entrada. No le interesaban los asuntos de la política y no tenía ninguna gana de interesarse alguna vez por ellos, pero una cosa era aguantar a los gobernantes locales y otra muy distinta verse obligada a acatar las disposiciones de unos extranjeros cuya única legitimidad eran sus armas.

A excepción del miércoles de ceniza, el jueves y viernes de Semana Santa, en los que el cierre era obligatorio, una sola vez había cerrado en los años que llevaba ocupándose de La Casa del Chocolate: el día de la llegada de José Bonaparte, nombrado rey de España por su hermano Napoleón. Ese día, como la mayoría de los donostiarras y, por supuesto, los vecinos de las calles Narrica y Trinidad, por donde transcurrió el cortejo, cerró las ventanas de su casa y atrancó las contrapuertas del obrador y se fue con Marina y Josefa a pasar la jornada en el caserío de su familia, en el barrio de Zubieta. No regresaron a la ciudad hasta el día siguiente, después de que el nuevo rey hubo salido en dirección a Madrid. Si los franceses querían invadir, que invadiesen, pero que no esperaran encima contar con el apoyo de la población y, mucho menos, con el de ella.

A pesar de las buenas relaciones comerciales mantenidas con Francia y de la presencia de numerosos ciudadanos de esta nacionalidad –muchos de los cuales habían matrimoniado con mujeres de San Sebastián–, las relaciones entre ocupantes y ocupados eran tensas, muy alejadas de la simpatía hacia la revolución del país vecino mostrada por muchos guipuzcoanos tiempo atrás. Los gabachos invasores trataban despectivamente a los donostiarras, se burlaban de su lengua, de sus costumbres, de la forma como vestían; golpeaban a los vecinos, los acusaban de espiar sus movimientos, exigían mercancías que no pagaban, molestaban a las mujeres; y no eran pocos los que acudían cada día a quejarse al alcalde por el trato abusivo de la soldadesca gala. A ella también le había parecido bien aquello de la revolución

aunque entonces era una chiquilla, pero escuchaba hablar a su padre, ferviente partidario de la república.

–¡Los reyes son unos inútiles, unos parásitos que se alimentan con el trabajo y la sangre del pueblo! No veo por qué razón van a tener más derechos que el resto de los ciudadanos. Nacen como todo el mundo y también mueren. ¡Y acabarán en la guillotina igual que el relojero y la austriaca!

Siempre finalizaba sus proclamas republicanas con este tipo u otro de alusiones al fin de Luis XVI y de María Antonieta.

Durante muchos años, en su casa habían aparecido, de no se sabía dónde, escritos revolucionarios que ensalzaban la lucha del pueblo contra la tiranía. El gobierno español había prohibido la entrada de las publicaciones procedentes de Francia e impuesto una férrea censura en las nacionales, no fuera a ocurrir lo mismo que allende los Pirineos, pero su padre no solo lograba esquivarla, sino que también había conseguido hacerse con la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano emitida por la Asamblea de París. Durante varias noches, él y su socio Jean-Baptiste, un bayonés asentado en San Sebastián desde hacía más de treinta años, se aplicaron con ahínco a traducir la declaración e hicieron un centenar de copias que repartieron entre sus contertulios de la Casa del Café, lugar de encuentro de ilustrados y republicanos. A veces, ella lo acompañaba a dicho local, que el padre de Eusebio había comprado años atrás a un suizo y que ahora era propiedad de su cuñado Pedro Martín. Sentada a su lado e intentando pasar desapercibida, lo escuchaba leer la declaración con un tono de voz entre ceremonioso y emocionado, no exento de cierto deje teatral. De los diecisiete artículos uno se le había quedado grabado en la memoria, el primero: «Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos. Las distinciones sociales solo pueden fundarse en la utilidad común». Después de tantos años, aún recordaba cada una de sus palabras y se sorprendía

a menudo repitiéndolas mentalmente, si bien siempre añadía «y las mujeres» después de la palabra «hombres».

Fue en el curso de aquellas reuniones casi clandestinas cuando conoció a Eusebio, diez años mayor que ella y bien parecido. Le gustó desde el principio aunque ahora, en la distancia, no podría asegurar si se enamoró a simple vista o fue el deslumbramiento de una joven inexperta, recién salida de la infancia, lo que le llevó a aceptar su propuesta de matrimonio. Eran tiempos de zozobra y futuro incierto y decidieron casarse cuanto antes y montar su propio negocio.

–¡Exquisito! Como siempre, señora Maritxu.

Le sobresaltó la voz del capitán y se acercó a la mesa. El militar depositó una moneda en su mano y la retuvo al tiempo que la miraba fijamente.

–¿Siempre sola? –preguntó Mercier acercando los labios a su oído.

–Nunca estoy sola, señor –respondió ella retirando la mano.

–¿Tampoco por las noches?

–Tampoco.

–¿Algún galán secreto?

–Puede...

–¿Y qué tendría que hacer yo para lograr su afecto?

–Marcharse de mi ciudad y regresar de civil.

El francés sonrió y salió seguido por sus ayudantes. En un gesto instintivo, Maritxu se limpió la mano en el delantal. El capitán llevaba un par de meses haciéndole insinuaciones y dejándose caer por el local en los momentos en los que no había clientes, al abrir o al cerrar. Tenía más o menos su edad y no era mal parecido. En otra situación y en tiempos de paz tal vez le habría hecho gracia. Además, no podía negar que le halagaba el hecho de que, a sus treinta y cinco años, alguien pudiera encontrarla atractiva. No le habían faltado pretendientes al quedarse viuda, a fin de cuentas todavía era joven y tenía un negocio, pero sus

continuos rechazos y desdenes hacia los interesados habían acabado por ahuyentarlos, y hacía ya tiempo que ningún hombre se interesaba por ella o, al menos, no lo demostraba. Quizá en algún momento se le había pasado por la cabeza aceptar a uno de los moscones para no quedarse sola cuando Marina se casase, pero esa idea había durado el tiempo de un avemaría. No tenía la menor intención de enterrar a otro marido; la primera experiencia había sido demasiado dura; tendría que estar muy desesperada para abrirle su cama a un invasor, y no era este el caso.

–¡Ya era hora! –exclamó al ver llegar a su hija–. ¿Tan importante era lo que tenías que hacer para llegar tarde al trabajo?

La joven no respondió y entró directamente en el obrador con su madre pisándole los talones.

–Se responde cuando alguien pregunta –le reprochó esta con dureza.

–Da igual lo que yo diga. A fin de cuentas no va usted a creerme... –afirmó la joven en el mismo tono al tiempo que se colocaba el delantal.

–Eso ya lo decidiré yo. ¿Por qué te empeñas en llegar tarde si sabes que me gusta que seas puntual?

–¿Y qué más da que llegue cinco minutos antes o después? Ni que fuera a caerse el mundo por un pequeño retraso...

–Es una cuestión de responsabilidad. Tienes una obligación que cumplir y un oficio que aprender.

–Yo no quiero ser chocolatera.

–¿Y qué quieres ser, si se puede saber?

–No lo sé, pero chocolatera no...

–¿Por qué?

–Porque no quiero.

–¿Acaso te avergüenza nuestro oficio? –El tono de Maritxu era cortante–. ¿El que te compra esos vestidos que tanto te gustan?

–Si lo prefiere usted, madre, me visto de paño como las criadas y voy también descalza por la calle como ellas.

–Al menos ellas se ganan el pan que se comen...

–Si quiere usted, no como –afirmó la joven, retadora.

Durante unos instantes ambas se midieron con la mirada.

–Ve a casa del azucarero a buscar los bolados que le encargué ayer –ordenó finalmente la madre.

Marina volvió a quitarse el delantal, asió una cesta de mimbre de forma rectangular y salió sin despedirse por la puerta que daba a la calle Iñigo alto. Su hija había amanecido irritable, se dijo Maritxu, y pasaría la jornada sin hablar o respondiendo de malas maneras. ¿Por qué les resultaba tan difícil mantener una conversación normal? Se asomó a la calle y la buscó con la mirada. Se había detenido un poco más adelante y hablaba con su amiga Teresa, la hija del escribano Etxaniz. Ambas vestían «a la francesa», talle alto, escote cuadrado y mangas cortas, que hacía furor en toda Europa y, por supuesto, en San Sebastián. Marina balanceaba la cesta mientras hablaba y se reía. El sol del mediodía se reflejaba en su vestido de popelín color azul pálido y en sus cabellos castaños adornados con una cinta blanca. No parecía la jovencita enfurruñada que acababa de salir del obrador hacía un momento. Y, aunque no quisiera reconocerlo, sintió un pellizco de celos. Le habría gustado compartir las confidencias de las dos muchachas, unirse a sus risas, sentirse joven ella también. Las vio despedirse y, poco después, su hija desaparecía entre la gente en dirección a la Plaza Nueva. Permaneció todavía un rato con la mirada perdida en aquel punto, decidida a hacer un esfuerzo por comprenderla, por recuperarla. No permitiría que ocurriese con ella lo que había ocurrido con su padre. La vida solo se vivía una vez y los silencios entre personas que se querían era tiempo malgastado que nunca se recuperaba. Después, penetró en el obrador.

Poco antes del mediodía, Pedro Martín de Irigoyen entró hecho una tromba en La Casa del Chocolate.

–¡Por fin! ¡Por fin vamos a vernos libres del gobierno extranjero! –exclamó con euforia.

La media docena de clientes que había en el local en aquel momento se arremolinó a su alrededor, así como Maritxu, el oficial y los aprendices, que salieron del obrador al escuchar sus gritos.

–¡El intruso ha sido vencido en Vitoria! ¡Miles de franceses han muerto y cientos han sido hechos prisioneros!

–¿Cuándo? –inquirió Maritxu.

–Hace dos días. Un correo acaba de llegar con la noticia.

–¿Y el intruso? –preguntó a su vez el notario don Francisco Gurutzeaga, que vivía enfrente, en un viejo palacete de la calle Mayor, y que cada día, a las doce en punto, acudía al local.

–¡Huido! Ha escapado por los pelos hacia Navarra y ha pasado a Francia. El ejército aliado no tardará en llegar y echará de nuestra tierra a los invasores de una vez por todas. ¡Ya somos libres, amigos!

En pocos minutos, la chocolatería se hallaba repleta de vecinos ansiosos por conocer las nuevas y Pedro Martín no cesaba de repetir las recientes noticias. Alguien propuso acudir al Ayuntamiento: seguro que el alcalde y los regidores tendrían información más detallada sobre el acontecimiento. No hizo falta repetir la propuesta; salieron del local entre apretujones y algunos, incluso, echaron a correr por la calle Iñigo en dirección a la Plaza Nueva hacia donde se dirigían decenas de personas.

Maritxu permaneció sola. Con un gesto de cabeza había dado permiso a Julián y a los ayudantes para que salieran al observar sus miradas suplicantes. Alguien tenía que permanecer en su puesto, se dijo, y, a fin de cuentas, enseguida estarían de vuelta. Salió a la calle y observó el barullo con los brazos en jarra, muy en su papel de dueña responsable de un negocio. Al cabo de un rato, no pudo, sin embargo, resistir la curiosidad y, tras retirar las marmitas del fuego y cerrar las puertas del negocio, se encaminó ella

también hacia la plaza. El lugar estaba lleno hasta los topes y no cabía un alma en ventanas y balcones. Después de una tensa espera, el alcalde Bengoechea se asomó al balcón del Ayuntamiento y las voces se acallaron. Para decepción de sus conciudadanos, el primer edil no hizo sino repetir lo que ya conocían: que el ejército imperial había sido vencido en Vitoria y huía en desbandada hacia la frontera. Un silencio expectante siguió a sus palabras.

–¿Y ellos? –gritó una voz rompiendo el silencio al tiempo que su dueño señalaba hacia lo alto, en dirección al monte Urgull–. ¿Cuándo se irán?

Cinco mil gargantas repitieron la pregunta casi al unísono.

–No se irán –replicó Bengoechea tras pedir calma con las manos–. Tienen orden de permanecer aquí y defender la fortaleza.

Los gritos recomenzaron y de nuevo el alcalde y los regidores que lo acompañaban tuvieron que esforzarse para hacerse oír.

–Se espera que el ejército aliado llegue a San Sebastián dentro de cuatro o cinco días. El general Rey me ha comunicado que aquel que quiera abandonar la ciudad podrá hacerlo sin problemas.

Tras un instante de estupor, la marea humana inició un movimiento en dirección hacia las cuatro salidas de la plaza y Maritxu se vio arrastrada sin poder hacer nada por evitarlo. No podía pensar; solo le preocupaba no caer para no ser arrollada por sus vecinos. Dolorida por los empujones y algunos golpes recibidos, logró por fin llegar al obrador y guarecerse dentro. El sudor le corría por el cuerpo y tardó un rato en serenarse. Su primer pensamiento fue para su hija. ¿Dónde estaba? No había regresado del encargo y no quería ni pensar que hubiera podido ser aplastada. Respiró aliviada al verla entrar poco después en compañía de Julián y de los aprendices. Tenía las mejillas rojas por el sofoco, había perdido el lazo y sus cabellos ondulados caían sobre sus hombros. Nunca la había visto tan bonita.